Cenizas de ángel

Roberto Pérez-Franco



Premio Nacional de Cuento "José María Sánchez" 2005

Colección Cuadernos Marginales

Cenizas de ángel

roberto pérez-franco

Cenizas de ángel

roberto.au

Cenizas de ángel
© Roberto Pérez-Franco, 2006

Primera edición, Panamá, 2006
Segunda edición, Melbourne, 2026

Esta obra se distribuye bajo una licencia Creative Commons
Atribución-SinDerivadas (CC BY-ND).

Edición digital compuesta a partir de `roberto.au`.

A mi esposa, Mónica, sin cuyo amor mi exilio en este mundo no tendría sentido.

La intrusa

a Carlos Oriel Wynter Melo

«Qué cosa más perversa,
el hacerme soñar contigo»

— Chris Isaak

Reconozco que nunca acepté como normal el hecho de que, tras dos décadas, todavía soñase con frecuencia con una antigua novia de mis días de adolescente. Tuve muchas otras mujeres durante los años de soltería que siguieron a nuestra separación, incluso más hermosas. Hace diecisiete años me casé con la mejor de ellas, y construí a dúo un hogar feliz, con hijos y todo. Sin embargo, ninguna otra mujer se entrometía en mis sueños, solo aquella novia del pasado.

Ya la habría olvidado por completo, si no fuese por sus inoportunas irrupciones. No habría queja si al menos hubiese permanecido tranquila, en una esquina del sueño, sin molestar hasta el amanecer. Pero ella porfiaba en tomarse el centro del escenario: aparecía desnuda ya y haciendo el amor conmigo, sin juego previo o consentimiento de mi parte. Lo cual es extraño, porque nunca tuvimos relaciones cuando éramos novios. Aquellos tiempos eran distintos, y nosotros éramos más tímidos que el promedio, y muy jóvenes. He ahí el otro problema: ella retenía en mis sueños las formas de su juventud: las piernas firmes y los senos turgentes, en punto de caramelo.

En cierto momento del coito onírico —cosa curiosa— aparecía en mí el vago recuerdo de que los años habían pasado y yo era ahora (si es que la palabra *ahora* tiene algún sentido en este contexto) un padre de familia, con una esposa y un hogar bajo mi responsabilidad. Pero mis argumentos no lograban convencer a la chica del sueño de que debíamos respetar la santidad

de mi matrimonio, ni tampoco conseguía —o peor: no quería— zafarme por mi cuenta de su abrazo, para irme a pastar en prados más castos.

Lo que me molestaba no era el haber experimentado alguna vez un sueño de tal corte. Me parece que es, si no justificable, al menos comprensible. Lo que empezó a preocuparme fue que estos sueños habían reaparecido varias veces cada año. Hubiese ido donde un psicólogo, si no me pareciera demasiado vergonzoso confesar semejante cosa ante un extraño, especialmente dada mi edad y estatura social.

Hace unos años, vi de lejos a la intrusa. No quise saludarla, porque yo estaba junto a mi esposa, en un lugar público. Pude, sin embargo, verificar que —como era de esperarse— el calendario había surtido efecto sobre su belleza de antaño. Sentí una urgente necesidad de acercarme y preguntarle: «¿Tú también sueñas conmigo?», o simplemente implorarle que hiciera, en el futuro, un esfuerzo por mantener su espejismo al margen de mis sueños. Pero no hice nada. Ella siguió caminando, sin haberme visto siquiera. Mi esposa miraba alguna otra cosa, y yo marchaba en silencio, disimulando. Luego me sentí como un cobarde, por pretender achacarle a ella la culpa de mis desvaríos.

El peor escenario se materializó una noche, no hace mucho. En medio de uno de aquellos sueños sexuales, sentí que una mano me agarraba el hombro. A mitad de camino entre el sueño y la vigilia, el nombre antiguo se me escapó de los labios físicos. Jamás olvidaré los ojos de mi mujer mirándome a mí y a mi erección, preguntándome que a quién estaba llamando dormido. Le confesé, sin poder esconderlo más, lo que había venido ocurriéndome.

—Si es solamente en sueños y no lo puedes controlar —dijo ella—, entonces no es tu culpa.

Pero cuando me negué a consultar a un psicólogo, se molestó. Como no logré convencerla arguyendo pudor y vergüenza propia, ensayé presentando el inconveniente de revelar a un tercero un detalle tan delicado sobre un personaje público. Cuando insinuó que tal vez yo quería conservar a la susodicha disponible en mi «cerebrito sucio» para entretenerme con ella en las noches, comprendí que la discusión iba por mal camino y decidí callar.

Con la tensión del tema pendiente, seguimos con problemas durante varios meses, hasta que al fin algo cambió: leí una mañana en el periódico

que —gracias a Dios— mi antigua novia había muerto. Más bien, la habían asesinado. Su marido, de hecho, fue el autor del crimen: le pegó un tiro en la cabeza mientras ella dormía. Confieso que respiré aliviado.

—Ojalá esto ponga fin a mis sueños —dije, entre ruego y sarcasmo—, y que muerto el perro, se acabe la rabia.

No se lo comenté a mi esposa, pues la simple mención de aquel nombre catalizaría nuevas y apocalípticas discusiones.

Para mi gran sorpresa, esa misma noche, ya entrando la madrugada, ahí estaba ella de nuevo: mi antigua novia, en la cúspide de su juventud, con los redondos pechos de adolescente brincando como conejos, cabalgándome cual amazona fiel a los consejos de Ovidio. Al igual que en cada episodio anterior, disfruté los primeros minutos sumido en una dulce amnesia, hasta que la conciencia —que siempre llegaba de segunda— me recordó la realidad.

—Soy una persona casada, y tú también —supliqué—; y para colmo, estás muerta. Déjame dormir tranquilo.

Pero ella se negaba, con una sonrisa pícara, y me mandaba a callar, sujetándome por los hombros y meneando sus caderas con mayor rapidez y fuerza.

Entonces sucedió algo que, por alguna razón, no había pasado en los sueños anteriores: llegué al clímax, y cedí completamente a la fantasía, gimiendo su nombre. Ella sonrió ampliamente y, sin cejar en su faena, indagó:

—¿Sabes que tu mujer te está mirando?

Algo iba a responderle, cuando me sacudió un estruendo terrible. Tras un fulgor que lo inundó todo, vino una oscuridad de abismo. En él vislumbré el cuerpo sudoroso de mi amante, que no se detuvo en ningún momento, envuelto en un tenue resplandor como de ángel. Su piel se hizo más tibia y su galope más agresivo.

—¡Relájate, hombre! —dijo riendo—. Ahora estaremos juntos siempre.

2005

Viento del norte

a Juan Ramón Jiménez

Ahora que te fuiste, amor, el verano ha llegado con su viento del norte y sus atardeceres de fuego. Estoy de pie en nuestro cerro, isla en un agitado mar de hierba. Traje tu cometa, esa que hice con birulí de la finca de mi abuelo. Usé el hilo encerado que le compré a Cuchi aquella tarde cuando salíamos de misa. La forré como lo pediste, con papel blanco y rosa que conseguí donde Neli. Por irte tan pronto, la dejaste virgen, en tierra.

Hoy vine a volarla para ti, aprovechando el sol y la brisa. Zumbando, subió al cielo con su rabo de trapo. Revoloteó sobre los árboles del río, briosa y ronroneante. ¡Si la hubieses visto menearse, resistiéndose a mi rienda! Ahora vuela serena, resignada ante la atadura, entre golondrinas y nubes de espuma. El cachorro contempla su bamboleo y escucha su silbido angustioso. A lo lejos, el palmar se estremece y canta.

Te echo de menos, amor. Hubiese querido que este viento acariciase tus cabellos, y que el atardecer tibio dorase tu piel. Aquí, bajo la cometa, te habría tomado por la cintura, dándote un beso largo que terminaría después de puesto el sol, susurrando cosas tiernas a tu oído. Te diría, posiblemente, algo así: que la muerte no es el final de la vida, y que quien muere por amor, vive para siempre.

Perdona ahora que corte con este machete el hilo que retiene tu cometa. Quiero liberarla de este cautiverio para que vaya a buscarte, como un ángel ansioso que se esfuma en un abismo. Llevada por la brisa sobre cerros y mares, te encontrará – tal vez – algún día. Disculpa también que corte el hilo de sangre que corre por mi cuello, reteniendo a mi alma con su torrente. El amor me guiará y, antes de que salgan las estrellas, estaré a tu lado.

¿Sabes algo, corazón? La sangre del sol sobre las nubes lejanas me hace recordarte.

2005

El corazón de oro

A Poe

«Tiresome heart, forever living and dying!»

— Edna St. Vincent Millay

Ese reloj de péndulo que está en la pared de mi celda – ¿lo ves? –, ése es mi corazón. El de mi hijo es otro: un reloj de leontina, que mi marido compró en una casa de empeño. No sé nada de los dueños anteriores. Es de oro puro, de un diseño exquisito. Tiene un cristal delante, para ver la esfera, y otro más pequeño detrás, que muestra el mecanismo interno.

Fue el agitado oscilar de esta máquina lo que capturó mi atención. Me pareció el palpitar de un animalillo asustado, con las vísceras expuestas en una mesa de disecciones. Sus resortes y engranajes se movían como un órgano vital. «Parece que está latiendo», comenté a mi marido, «como el corazón de un bebé». Recién pronunciada esta frase, me arrepentí de mis palabras. Miré hacia la cuna vacía que, cubierta de franjas de luz y sombra, reposaba en una esquina, y sentí que se erizaban los vellos de mi nuca.

Mi bebé había muerto un año antes. «Muerte de cuna», me dijeron. Había dejado de respirar, sin razón. «Pero ¿por qué?», pregunté. Nada ocurre sin una causa. Recuerdo que ese día tenía hipo y le puse un trapito mojado en la frente; minutos después había muerto. (Hace poco leí que, cuando un bebé de pocos meses siente humedad en el rostro, su cerebro le indica que todavía está inmerso en el ambiente líquido del vientre y su respiración cesa). Desde entonces paso las tardes en la mecedora, contemplando las fotos de mi bebé difunto. No moví nada en la habitación: la cuna vacía seguía en la misma esquina.

He sentido un mal presagio en las fechas especiales, desde que era niña. «¿Y si pasa algo?», me pregunto cada vez que se acerca un cumpleaños o aniversario, «¿y si ocurre una tragedia en esta fecha?» Por ello, al acercarse el aniversario de la muerte de mi bebé, mi marido decidió anticiparse a la recaída de mi depresión. Fue a una casa de empeño y me compró unos zarcillos de oro. De paso, se enamoró del reloj de leontina que he descrito y lo adquirió sin preguntar el porqué del precio bajísimo. Presiento que el reloj estaba maldito: habría seguramente conjurado desgracias a sus antiguos dueños, y por ello se deshicieron de él.

Pasaron los días y mi marido se veía contento por su nuevo reloj. No lo llevaba consigo nunca, sino que lo guardaba en una cajita de ébano pues su valor, incluso sólo el metálico, era considerable. Cada mañana, antes de marcharse, le daba cuerda al aparato y lo dejaba en la cajita.

Al cabo de unas semanas supe que estaba embarazada. Había rogado a Dios por un nuevo bebé desde el día en que enterré al primero. «El Señor finalmente me ha escuchado», me dije. Pero tras breves momentos de dicha, me asaltó el recuerdo de la frase de mal agüero que escapó de mis labios aquel día. No pude sacarla de mi cabeza.

Finalmente di a luz a mi segundo bebé. Fue un varoncito, hermoso como un ángel que pintase Rafael, retrato viviente de su difunto hermano. Crecía sano, como aquél lo había hecho. Me sentía culpable de la muerte del primer bebé, y por ello seguía estrictamente todas las recomendaciones para evitar la muerte de cuna. El nuevo nene dormía sobre su espalda, en un colchón firme y sin objetos que estorbaran su respiración. Aunque no había en su cuerpo señal de enfermedad que ameritara preocupación alguna, a los dos meses me invadió un temor terrible, pues se acercaba el segundo aniversario de la muerte de mi primer hijo. El desasosiego era doble, pues ese día se cumpliría también un año desde que pronuncié aquella frase maldita. Sé que muchas personas no cuentan los días tan minuciosamente, porque no prestan atención a los signos del tiempo. Pero yo siempre estoy atenta, para anticiparme a la desgracia.

Te podrás preguntar sobre la naturaleza de mi presentimiento. Temía que mis palabras viniesen a atormentarme. Por ello cada día, cuando quedaba sola,

sacaba el reloj de la cajilla de madera, y lo contemplaba en silencio. «Con ese mismo latido débil y rítmico, palpita el corazón de nuestro hijo», me decía.

Hay múltiples similitudes entre el corazón y un reloj: ambos son maquinillas asombrosas, que trabajan sin cesar aun cuando no estamos viéndolos, sintiéndolos, pensando en ellos. Mira un reloj en la noche y vuélvelo a mirar en la mañana: verás que marchó sin descanso toda la noche y sigue marcando la hora correcta. Así también tu corazón marcha durante toda la noche, sin que lo notes. Aunque no pienses en él durante el sueño, tu corazón late para mantenerte con vida.

Una madrugada me desperté sobresaltada. Obsesionada con una idea, no pude conciliar el sueño. Tomé el reloj y fui a la cuna. Con mi oreja sobre el pecho del bebé dormido, y mis ojos fijos en el reloj, comparé los latidos con el movimiento del segundero. Verifiqué su sincronismo. Por quince minutos escuché el tum-tac del corazoncillo y lo confronté con el tic-tic del reloj: ni un solo tiempo, ni un solo salto del segundero estuvo fuera de ritmo con el latido.

Investigando en la biblioteca, llegué a comprender mejor este sincronismo. Si me permites explicarlo, verificarás que – al contrario de lo que mi esposo te hizo creer – no estoy loca. El corazón de un bebé de dos meses late ciento veinte veces por minuto, dos latidos cada segundo. Por otra parte, en el mecanismo de un reloj así hay una rueda, controlada por una aguja, que salta dos dientes cada segundo. Ya ves la relación, ¿o no? Son ciento veinte saltos de la rueda cada minuto, igual número que el de latidos del corazón de un bebé.

La similitud no termina ahí: el segundero no salta de un segundo al siguiente en un solo movimiento de la aguja, sino en cuatro movimientos más cortos, cada uno de un cuarto de segundo. Igual en el corazón del bebé: cada latido tiene dos sonidos: tum-tac, provenientes del cierre de las diferentes válvulas. ¿Acaso no es evidente el paralelismo? Cada segundo, hay cuatro pequeños saltos de la aguja, así como cuatro sonidos emite el corazón de un bebé.

Pero eso no es todo. El reloj fue adquirido el mismo día que, según mis cálculos, fue concebido el bebé. Esto podría parecerte irrelevante, pero no lo es. ¿No sería acaso que, por capricho del destino, el reloj señalaba la aparición del nuevo hijo? De ser así, ¿no podría también augurar su desaparición? No pretendo que nadie me crea, pues al principio yo también me resistía a la idea.

Permíteme terminar mi narración, y comprenderás que era cierto. Sólo te imploro que no asumas que he perdido el juicio.

He leído mucho sobre el corazón humano, y sé bien que su latir no es uniforme. Esto no implica que yo mienta. La explicación es otra: la marcha del segundero tampoco era uniforme. Corazón y reloj marchaban juntos, exactos en su relación temporal. Confirmé esto repitiendo el experimento muchas veces. En las tardes de soledad, cuando cantaba al niño dulces tonterías, el segundero marchaba más rápido para seguir el ritmo a su corazoncillo alegre. Así también, cuando el nene dormía, el reloj desaceleraba su marcha, en sincronía con su corazón reposado.

Al principio creí que el reloj marchaba esclavo del corazón de la criatura. Pero luego me asaltó la duda de que la dependencia fuera en dirección contraria. La diferencia no es trivial, pues ¿qué pasaría si el reloj se detuviese? ¿No pararía también el corazón de mi hijo?

Este temor se convirtió en una ansiedad permanente y me llevó a estar muy pendiente (pero no obsesionada, como dijo mi esposo) de que el reloj funcionase siempre. Saberlo en el interior acolchado de la cajita de madera, a salvo de cualquier golpe, me tranquilizaba. Bastaba entonces mantener la cuerda para garantizar el movimiento perpetuo.

Lo siguiente es evidencia de mi buen juicio: la cuerda completa del reloj duraba dos días enteros y sin embargo no pasaba uno solo sin que me diera a la tarea de enrollarla toda. ¿No confirma esta precaución mi lucidez? También a diario ponía el reloj en la hora correcta, porque la variabilidad que le imponía el cambiante latido del bebé lo atrasaba o adelantaba hasta dos horas diarias. Que el reloj perdiera la hora no se puede explicar mediante una falla mecánica, como lo evidencia el hecho de que en algunas ocasiones se atrasaba y en otras se adelantaba.

En esta rutina transcurrió un mes. La víspera del aniversario, sin embargo, algo cambió: mi pobre bebé, mi alma, mi tesoro... (¡discúlpame un segundo!) Mi hijo amaneció con algo de fiebre y dificultades para respirar. En el hospital nos dijeron que era una infección del tracto respiratorio superior. Según leí, ésta se relaciona a casos de muerte de cuna. Pasé la noche en el hospital con el niño, y le pedí a mi esposo – haciéndolo lucir como algo casual – que al

regresar a casa le diera cuerda al reloj. ¿Podrá Dios perdonarme algún día por haber dejado esta delicada tarea a cargo de su mente mediocre, de sus manos burdas? Por eso él no me hace falta ya: era una bestia el infeliz.

La tarde siguiente mi marido regresó al hospital. Le pregunté si había dado cuerda al reloj. ¡Oh, dolor infinito!

– Vendí esa mierda en una casa de empeño – me respondió. – Nunca marcaba la hora correcta. Además, somos pobres y no podemos darnos el lujo de un reloj de oro. El dinero nos servirá para pagar el hospital del nene.

¡Cómo se me hundió el corazón en el pecho! Sin decir palabra, salí corriendo hacia la casa de empeño. Pero la encontré cerrada con candado, las luces apagadas.

Te he dicho que este reloj de péndulo es mi corazón. Obviamente no es mi corazón físico, pero mantiene con él la misma relación parasítica de sincronía que el reloj de oro mantenía con el corazoncito de mi hijo. Su péndola dorada, oscilando de ida y vuelta cada dos segundos, es mi única compañía. En las horas largas de la madrugada, cuando las otras reclusas al fin se han callado tras las reyertas del día, su toc-toc hace eco en las paredes de mi celda, exactamente una vez cada segundo, coincidente con los latidos de mi corazón. Toc a la izquierda, toc a la derecha: sesenta latidos por minuto, valor saludable para un adulto en reposo. Su vaivén me mantiene viva. Es mi vida. ¡Dios! Quisiera tanto que cesara...

Quien no ha tenido el corazón atado al latido de un reloj, con el tiempo como enemigo, no sabe lo que yo sentí aquella tarde. Sabiendo que peligraba la vida de mi hijo, averigüé con vecinos de la casa de empeño la dirección del propietario. Pero cuando lo confronté en su casa, se negó a entregarme el reloj si no le pagaba un nuevo precio que había fijado tras reevaluar su valor en oro. Por supuesto, no tenía un centavo conmigo. ¿Qué clase de persona podía pedirme algo así sabiendo que somos pobres?

Decidí confesarle la secreta razón de mi apremio: no me interesaba el reloj, sino salvar la vida de mi niño. El bastardo se rió en mi cara, me llamó loca y cerró la puerta. Golpeando en la ventana, le rogué que al menos fuera a darle cuerda al reloj, pues temía que se agotara pronto, pero me ignoró por completo.

Mi bebé era... ¿Cómo decirlo? Era mi alma. Si hubiese podido entonces sacrificar mi cuerpo, regalarle los latidos de mi propio corazón para salvar el suyo, lo hubiese hecho enseguida. Fui a la casa de empeño, y entré por la fuerza para recuperar el reloj. El dueño, que me había seguido, trató de detenerme. Lo maté con una daga que colgaba de la pared. Me dicen que lo apuñalé tantas veces que fue imposible contarlas. No lo recuerdo, pero podría ser cierto. Sólo sé que la cuerda del reloj, casi agotada, fue restablecida al máximo por mi mano temblorosa.

No sé cómo luce hoy mi hijo, después de tantos años. Mi marido no me permite verlo. En noches de nostalgia lo sueño robusto y valiente. Conservo el reloj de oro, al que doy cuerda cada mañana. Contemplando su segundero, intuyo cuándo mi hijo está feliz o triste, cuándo se ejercita o reposa. Su ritmo cardíaco, replicado en la maquinilla, me mantiene al tanto.

El otro reloj, el de pared, fue un regalo sarcástico de mi marido para restregarme en la cara mi soledad. A veces mi mirada se pierde en el disco dorado de su péndola, áurea lenteja que va y viene, como un ángel que bailase colgando sobre un abismo. Sólo tras varios años en esta cárcel entendí que ese reloj reflejaba en su latido los de mi propio corazón.

2005

La última rosa

a Saint-Exupéry

«en una guerra de dos rosas murieron
príncipes que eran como rayos negros,
cegados por pétalos de sangre»

— Cortázar

En su sueño, el príncipe se irguió sobre la torre y oteó a su alrededor. ¡Qué vasto sería el reino de su gloria! ¡Cuán digna aquella cumbre aguerrida! Le atormentó la conciencia de su propia finitud porque el cielo sobre su cabeza hacía alarde de eternidad: su coraje le hizo pensar que él también la merecería. Trazos violeta de nubes en lontananza trajeron, en dulces recuerdos, los crepúsculos de la infancia. La brisa impregnó su aliento con el perfume de las rosas del jardín perenne que rodeaba, como un disco rojo, el vetusto palacio de piedra. Allende el manto de flores, la llanura se extendía bajo sus pies, con parches de sembradíos, hasta fundirse en las montañas nevadas del horizonte.

En su corazón parpadeaba la llama de la vida, el ímpetu de la juventud violenta, y la tenacidad de la estirpe antepasada. Extendió sus brazos e hinchó sus pulmones con aire que exhaló en un suspiro lento. Su Dios lo llamaba a la guerra. Se mojó los labios y peinó hacia atrás los cabellos sudorosos con los dedos finos, sedientos de sangre en la santa batalla. El anillo de oro duplicó un instante el fulgor del sol agónico. Clavó la vista en el espacio y con una sonrisa se lanzó al vacío.

Cayó suavemente, cual la última estrella de un amanecer de verano, durante incontables días con sus noches, desde la torre hasta el jardín. Mientras descendía, contempló la maduración de las espigas en los campos, la migración

de las aves, la danza de los planetas sobre el fondo giratorio del firmamento, y los ciclos de la luna que volaba, como un ángel de leche, en el abismo del cielo. Contó una por una las hojas de los árboles que la brisa agitaba junto al riachuelo y corroboró el incremento en su número. Cerca del suelo, aspiró hasta la embriaguez el perfume de las rosas. Varias veces maduraron los capullos ante su rostro, abriendo los pétalos encarnados al sol.

Entonces un grito le despertó a la realidad de su guerra santa. Tendido sobre tierra, yacía malherido sobre el campo de batalla. Un amplio círculo de cadáveres le rodeaba. La espada de su enemigo caía sobre él y se hundía en su pecho. Brotaba la última rosa de sangre al pie de la torre.

2005

Notas sobre el paraíso

a Stendhal

3 de octubre de 2004:

La inusual belleza de *In Paradisum* de Fauré me ha hecho esperar con felicidad la muerte, para disfrutar de gloria tan sublime. «Oh, que muera yo mil veces si eso es verdad», he dicho como Sócrates. Su perfección me lleva a sospechar que el compositor, buscando una joya para coronar su *Requiem*, plagió de Dios el fondo musical del reino, en un espasmo de arrogancia. Si es así, la divina balanza deberá perdonar su herejía por el contrapeso de las almas redimidas: al pintar tan hermoso el premio, sus compases mueven al bien por sí solos, trivializando la amenaza del infierno.

En tardes tranquilas, escuchando esta pieza hasta saciarme, probé imaginar cómo sería el paraíso anunciado. Ensayé un lugar común: un vórtice de luz rodeado por infinitos querubines. Como la música lo excedía, probé redefinirlo, pero quedé inmerso cada vez en un insípido limbo blanco.

Aunque todavía sospecho que definir el paraíso es un ejercicio subjetivo (para Borges —aun ciego— era una biblioteca; para Sócrates, el encuentro con los sabios del pasado), ya no tengo que imaginarlo: estuve en él hace poco. A las cinco y media de la tarde del domingo 26 de septiembre del año 2004, el universo se plegó, y la Tierra se traslapó con el Cielo, regalándome el fenómeno efímero e irrepetible de experimentar mi paraíso en vida.

El escenario lo brindó la aparición de un arco iris. La palabra es poca cosa: el cliché *arco iris* no describe el prodigio de luz que extendió sus alas ante nosotros. El fulgor rabioso de ese semicírculo rajó el cielo como una sandía. Sus tonos eran tan nítidos y su curvatura tan amplia, que apenas dejaron espacio en nuestros ojos para el abismo azul que los enmarcaba.

Mi esposa y yo habíamos llegado una hora antes a visitar a mis padres. Los cuatro contemplábamos el tranquilo espectáculo, y disimulábamos la emoción del momento perfecto, conversando sobre la diferencia tonal entre el arco principal y el arquejo tributario que se insinuaba sobre él. Frente a los círculos gemelos, tres golondrinas jugaban a dibujar arabescos; a nuestros pies, los ojos húmedos de nuestros perros nos agradecían haber vuelto a casa. Todo era perfecto: teníamos salud y estábamos juntos. Mi esposa me amaba. Mis padres se sabían felices, satisfechos con la cosecha de la larga siembra de sus vidas.

Un beso me indujo el súbito presentimiento de que mi eternidad podría ser la repetición sin término de este momento de dicha inmaculada. Cerré mis ojos y rogué, como un Fausto dispuesto a vender el alma a Dios:

—Si soy digno, permite que este sea mi paraíso.

El vuelo juguetón de las golondrinas me insinuó que, tras el telón del cielo, Él sonreía.

A través de un personaje de *Opiniones de un payaso*, Heinrich Böll dice que le parece imposible que la felicidad dure más de un minuto, dos a lo sumo. Se equivoca: diez minutos duró aquel Edén. Lo hubiese querido infinito, pero la vida sigue. Pronto el cielo quedó desnudo, con grises sugerencias de anochecer. Ignoro cuándo volveré a sentir que estoy en la gloria. Solo sé que todavía siento los arpegios de Fauré y el brillo de aquel arco coexistiendo en mi interior.

◆ ◆ ◆

1 de enero de 2005:

Descubrí que el fenómeno, aunque efímero, no es irrepetible: hoy, en el primer amanecer del año nuevo, durante el desayuno en familia, volví a aquel *nirvana*, al contemplar cómo el gozo inocente de mi sobrina recién nacida se reflejaba, sol en oro bruñido, sobre el rostro de mis padres.

◆ ◆ ◆

24 de enero de 2005:

A este punto ya he comprendido que la experiencia, lejos de ser única, es —gracias a Dios— casi cotidiana. Borges lo advirtió: no pasa un día en que no estemos un instante en el paraíso. Como una tela de hilo deja ver a través de diminutos agujeros, así la vida nos permite contemplar destellos del paraíso en fragmentos de dicha óptima que se traslucen cada cierto tiempo. Basta con tener los ojos del alma abiertos para percibirlo.

Aunque era consciente de mi alegría, no fue sino hasta aquel día cuando comprendí que esta podía ser perfecta aun en vida. Ahora el hecho se me revela cuando menos lo espero. La epifanía llega en el jugo de una fresa en los labios de mi esposa, en el revoloteo de un pajarillo, en la brisa de la tarde, en la calma tras el orgasmo. Creo que Dios escuchó mi plegaria, pero decidió entregarme, en vez de un paraíso cíclico de dicha repetida, una sucesión de pequeños paraísos diferentes, renovados cada día.

2005

Destino

a Julio Cortázar

«Una vida más tarde comprenderemos
que la vida perdimos solo por miedo»

— Juan Pablo Silvestre

Luisa jamás comprendió por qué murió. Mientras la piedra enorme del molino, ciega sobre su eje eterno, continuaba el peregrinaje circular hacia ninguna parte, sus ojos perdieron el brillo contemplando el brazo con fijación desamparada. La tarde anterior, el sol, como una luciérnaga breve en un pozo muy hondo, había brillado en esos mismos ojos. Sentadas en la terraza de su casa, Luisa y su amiga Lucía charlaban. Hablaron del amor, del sexo, de la vida futura. Y reían, ¡por Dios, cómo reían!

—¿Sabes? —dijo Lucía—. Decidí que iré esta noche a que la vieja me lea la mano.

El gesto de sorpresa en la cara de Luisa no fue tal para Lucía.

—Esa vieja loca no hará que él se fije en ti.

—Pero puede decirme si algún día él lo hará. ¿Por qué no vienes conmigo?

Una mueca de incredulidad se dibujó rápidamente en su rostro: «Yo no creo en esas cosas».

—Claro que no... —concedió Lucía—. Pero ¿no sientes curiosidad? Dicen que, desde antes de tu nacimiento, tu vida está escrita ahí, en las líneas de tu mano.

Callaron. Al caer la noche también, una junto a la otra, callaban mientras la vieja sobaba la mano izquierda de Lucía. La contempló profundamente y cerró los ojos: habló largo rato, sobre la vida, el amor, la salud, el dinero. Luisa

se estremecía con cada verdad que la vieja decía sobre su amiga. Cosas íntimas, secretos entre ellas: todo lo veía. Cuando la vieja terminó con Lucía, Luisa tuvo el presagio de que su vida cambiaría. La gitana le tomó la mano izquierda, cerró sus labios con fuerza y permaneció en silencio largo rato. Luego la miró a los ojos, con lástima.

—Pero tú no crees en esto, mi niña...

—¿Qué es lo que vio, señora? —reclamó Luisa, con voz quebrada.

La angustia magnificó una pausa breve hasta hacerla parecer infinita.

—Es mejor que te vayas y te olvides de todo —dijo la anciana, sabiendo que no lo haría.

—Dígamelo de una vez, por Dios —suplicó.

La vieja cerró los ojos tristes, agitada. La palma de su mano, seca como la cáscara fina de una cebolla, apenas rozaba la mano sudorosa de Luisa.

—Sucederá muy pronto, mi niña. Está escrito aquí, desde el primer día.

Silencio. Una lágrima cayó sobre la mano desnuda y palpitante, abierta hacia el cielo.

—Dígame cuándo —insistió Luisa, y otra lágrima cayó sobre su mano cuando escuchó la respuesta—. ¿Qué puedo hacer para evitarlo, vieja?

—Destrózala si quieres vivir. Mientras la mano exista, tu suerte está echada.

La piedra giraba, lenta como el mundo, frente a sus ojos marchitos y sus labios pálidos. Esa mañana el sol había calentado esos labios, camino a la iglesia. El andar le dio tiempo para pensar en su marido, en su hija pequeña, en los otros hijos que quería traer al mundo, en los nietos que deseaba ver jugando a su alrededor.

Sintió que la vida se le iba del pecho. No llegó a la iglesia. El molino que encontró en el camino, aleteando frente a ella, era igual a la imagen de su sueño: las aspas, blancas; la puerta, abierta; la rueda, inmensa, girando perezosa sobre los granos; el interior, vacío; el sol, derramándose entre las rajas del techo.

Contempló el inmutable girar de la piedra durante una hora. Nadie oyó su grito cuando introdujo la mano. El miembro desapareció al instante en una fina pasta roja untada contra la laja. Paralizada por el dolor, Luisa cayó de espaldas, con el muñón hacia el cielo como una rama muerta. Con los ojos fijos en el remo amputado, se desangró hasta morir sin comprender lo que

pasaba. Ciega ante la agonía, la piedra del molino siguió girando toda la tarde, emulando la persistencia del viento de verano. El crepúsculo se consumió impávido, ajeno al espectáculo triste del cuerpo tieso con la mano izquierda intacta y el brazo derecho truncado y enhiesto.

2005

Cenizas de ángel

a Roberto Arlt

«y porque era la alma mía
la alma de las mariposas»

— Rafael Arévalo Martínez

Cada ocho años, millones de polillas diurnas migran a través del Istmo: aparecen a finales de julio y durante meses sobrevuelan interminables kilómetros de selva panameña. La ciencia las nombró *Urania fulgens*, pero los indios chicuyos del Darién, que las conocen desde hace milenios, les llaman ángeles. Sus alas triangulares, de un negro profundo rasgado por varias franjas de un tono verde metálico, son veneradas como un regalo del dios Kiki, el ser primero, el autosuficiente. Los curanderos, llamados chikirés por sus congéneres, conocen como «cenizas de ángel» al polvillo esmeralda que se extrae de estas franjas, el cual es usado como medicina para la curación de múltiples males y como narcótico en ritos de iniciación.

La más reciente migración de las *Urania*, que han venido este año desde el norte a inundar las calles de la ciudad de Panamá con su aleteo verdinegro, trajo a mi mente recuerdos de mis lejanos días de cazador. Solía recorrer sin compañía la jungla darienita, buscando presas mayores. Machos de monte, jaguares y ciervos sucumbían a un disparo certero de mi rifle. Un día fui yo quien sucumbió, en plena selva, al escupitajo venenoso de una diminuta rana, muy temida por los chicuyos por su secreción fatal. Sentí que me hundía en el sopor de la muerte. Cuando supe que nada podía ya salvarme, percibí con el ojo de mi mente que un torbellino de mariposas negras traía mi alma de vuelta al cuerpo. Desperté y vi el rostro de un chikiré. Luego supe que me

había devuelto la vida por medio de un rito con cenizas de ángel. «Kiki es quien da la vida y quien la toma», sentenció con un gesto seco.

Deudor de mi vida a este polvo milagroso, quise conocer su secreto, el cual tras insistentes ruegos me fue revelado parcialmente bajo condición de callarlo hasta la tumba. Esto puedo decir: el uso del extracto en los actos de curación encaja coherentemente en la mitología – o mejor dicho, teología – de este pueblo selvático. Según ésta, existen desde el inicio del mundo entes de luz (llamémoslos ángeles) y entes de oscuridad (digamos, demonios). Así, pues, las polillas *Urania* son ángeles, mientras que las enfermedades son demonios. Existen jerarquías entre estos entes, y los superiores priman sobre los inferiores. El curandero recibe de los dioses, cada ocho años, la ofrenda de millones de «ángeles» que portan las cenizas glaucas en sus alas: esta bendición le permitirá curar a los enfermos de su tribu durante el siguiente período, hasta que ocurra la próxima migración. El ciclo de recolección de la sustancia medicinal se ha repetido por siglos.

Nada extraordinario habría en esto si no fuese por un detalle crucial. Desde el primer momento en que un chikiré se prepara para tratar a un enfermo, el curandero reconoce, por intermedio del dios Kiki, la jerarquía del enemigo al cual se enfrentará. En otras palabras, conoce ahí mismo si este demonio excederá o no en poder a las cenizas de ángel. Si el demonio es de menor jerarquía celeste que los ángeles donantes de las cenizas, el curandero vencerá al demonio, aniquilándolo por siempre, y sanará así al enfermo. Por el contrario, si el demonio es de un rango superior, el curandero no podrá vencerlo con las cenizas y morirá en el enfrentamiento. He aquí lo excepcional de los sanadores chicuyos: el chikiré enfrentará al demonio en cualquiera de los dos casos. Es decir que, aun sabiendo que morirá en el enfrentamiento, irá al combate de un demonio superior. Intuyo que la justificación de esto se encuentra en aspectos de la teología de este pueblo, que mi sanador y maestro no quiso nunca revelarme por completo. Para mi bendición, el veneno de la rana que me atacó era un «demonio» de jerarquía menor que la pólvora de las *Urania*, por lo que mi tratamiento fue eficaz.

Con la nueva migración de las polillas, sentí un vivo deseo de regresar a la selva darienita. Estuve cazando, pero no solo: me hice de la compañía

de algunos nativos, pues ya había comprendido el peligro de vagar por este infierno verde. Nos llegó noticia de que un indiecillo había sido poseído por un demonio y que el chikiré de la tribu se aprestaba a atenderlo. Venció mi curiosidad y abandoné la cacería para acompañar a aquel brujo querido, de cerca, en su misión.

Recuerdo el remo de caoba hundiéndose lento en las aguas turbias del río Tuira. El viejo chikiré, de nombre Cachí Kirechá, iba junto a mí y dos aprendices en un cayuco manso, cantando entre dientes un salmo hondo y persistente. Según me dijo mi intérprete, este himnillo, aprendido directamente del dios Kiki y repetido desde entonces por todas las generaciones, prepara al corazón del sanador para enfrentar a los antiguos enemigos de la luz. Cantaba para sí, como evitando que sus palabras, sortilegio de tiempos pasados, llegasen a los oídos de los demonios que acechan en la selva. «Al inicio danzó Kiki, y se alzaron olas en el infinito mar de la nada; de las olas brotaron sus hijos», recitaba, según tradujo para mí el joven intérprete, que repitió para mi beneficio todas las murmuraciones del curandero.

Frente a nosotros iba, en un rústico cofrecillo, el polvo mágico. Estimé que varios miles de polillas fueron necesarias para producir tal cantidad de extracto. El vientre del tronco tallado se deslizaba con cautela entre los mangles, que observaban nuestra suave procesión. «Y los hijos de Kiki crearon el mundo, como un juego, en la arena de aquel mar, y lo poblaron con sus sueños», masculló el brujo.

Llegamos al caserío y bajamos del cayuco. Mujeres histéricas recibieron al chikiré; tomándolo del brazo, lo llevaron al interior del bohío. Multitud de familiares y vecinos guardaron silencio al verle entrar. Al fondo, agitándose y gruñendo, estaba el pobre muchacho: un indiecillo joven, poseído por lo que en primera instancia me pareció un severo ataque de epilepsia. Atado de pies y manos entre dos estacones, se sacudía violentamente, gritando e imprecando. Con las muñecas en carne viva, se dejaba caer y convulsionaba colgando de sus ataduras, entornando los ojos y botando espumarajos de baba. «Y de los sueños de los hijos de Kiki nacieron las bendiciones del mundo: la luz, el aire, el agua y la selva, y los ángeles que la pueblan», rezó el anciano.

La madre narró al brujo – inmóvil desde que entró al recinto – la historia del muchacho, de los demonios que lo atormentaron cuando era niño, de las apariciones que lo perseguían constantemente, y de los espasmos que le sobrevenían cada vez que un demonio entraba en su cuerpo. En esta ocasión, dijo, no habían dado al muchacho un instante de paz, haciéndolo vomitar de sus entrañas gusanos y serpientes. «Pero no todos los sueños eran buenos: también las pesadillas de los hijos de Kiki poblaron el mundo, y de ellas surgieron los demonios, que se ocultan en la selva y atacan a los hombres cuando Kiki cesa su danza», musitó el brujo, muy bajo.

Cachí Kirechá, con rostro duro y aire místico, miró de frente al joven y caminó hacia él. Señaló con el índice a los ojos del poseído, reconociendo al demonio particular de aquella afección, y ordenó a todos salir del cuarto, menos a la madre, que debería ayudarle y dar fe de lo que haría. Me estremeció pensar que ya en aquel instante, el curandero conocía el final de aquel encuentro, aunque ninguno de nosotros podía pronosticar si vencería. Me sobrecogió su determinación de seguir adelante, con plena conciencia de su propio destino.

Desde fuera, entre la multitud, contemplamos al brujo, entonando el resto del cántico mágico, ungiendo con cenizas de ángel al indiecillo, que se retorcía en sus ataduras con más fuerza en cada contacto. Vi a la madre, trémula, retirarse a un rincón, y al curandero trancar la puerta. «Y la lucha entre ángeles y demonios es la historia de la vida: Kiki danza y descansa; sueños y pesadillas se disputan el reino del mundo, en el mar de la nada», tradujo mi acompañante.

Lo que sucedió después nadie lo sabe. Tarde y noche se escucharon gritos y bramidos de la batalla entre el brujo y lo desconocido; golpes en las pencas del techo y en las cañazas de las paredes ahogaban el llanto de la madre que rogaba le dejasen salir. Hacia la madrugada el escándalo menguó y al despuntar el alba, el bohío estaba en silencio.

Entrado el día, algunos hombres derribaron la puerta. El demonio había sido más fuerte que las cenizas de ángel. Encontramos los cadáveres de la madre y del curandero tendidos sobre la tierra, y el cuerpo inerte del joven, estigmatizado por zarpazos inexplicables, pendiendo de las sogas. Me acerqué al chikiré y palpé su cuello. La piel fría y la ausencia de pulso me confirmaron

la tragedia: la tribu había perdido a su sanador. Cuando me levantaba para dar la noticia, percibí el asomo de una sonrisa en el rigor de su rostro. Me incliné sobre él y de súbito me tomó por el cuello, con sus manos cubiertas aún en el resplandor esmeralda del polvo mágico. Sentí que me invadió la muerte y que un torbellino de polillas negras arrebató el alma a mi cuerpo. «Kiki es quien da la vida y quien la toma», musitó con gesto seco el pálido Kirechá, volviendo a la vida...

2005

La leyenda del rey viudo

a Melanie Taylor

El rey Kronor, soberano de un país en las tierras del hielo, perdió en un invierno crudo a su reina. «Demasiado pronto llegó el beso de la muerte», se lamentó ante el dios. Trece lunas la lloró, pero sus lágrimas no sanaron la herida de su alma. No encontró en su tierra resignación para vivir.

Una mañana, Kronor montó su corcel y cabalgó allende los límites de su reino. Su corazón fue malherido por la mirada de una joven doncella, vestida en la piel de lobos blancos. «Conozco tus ojos grises», suspiró el rey. La mujer desapareció en una ventisca. El monarca sintió en su corazón el extraño anhelo de tener a esta aparecida como su reina. Su consejero le advirtió que la tradición prohíbe a una extranjera acceder al trono. En su alma, el rey sabía que esta mujer no le era extraña.

Tardes sin número cabalgó el monarca más allá de los confines de su estado, para contemplar desde lejos a aquella mujer. Algunas veces la encontró paseando sola sobre la nieve fresca. Ella le sonreía en silencio. Su belleza conocida atormentaba a Kronor. Su corazón se agitó como las auroras de la noche. Soñó con aquel cuerpo abrigado bajo el pelaje del lobo, ángel de tibieza en un abismo de hielo.

Una mañana, el príncipe Kronhast, heredero de la corona, venció a su padre en una partida de ajedrez. Poniéndose de pie, el rey gritó: «Saca tu espada», y se batió con él. Cuando el helado filo de la espada de Kronhast se posó reticente sobre el cuello paterno, el soberano sonrió y dijo: «Soy libre. Has crecido más fuerte y sabio que tu padre. Sabrás defender nuestros dominios desde el trono. Por mi parte, he sido conquistado: mis días aquí han terminado».

Kronor convocó a su corte esa noche. Tras un banquete les anunció: «He aquí a mi hijo Kronhast, vuestro nuevo rey. Mi corazón me llevará hoy a otras tierras». Ninguna otra palabra pronunció su boca. Se cubrió con un abrigo de piel de lobos blancos y cabalgó en su potro más allá de los confines del reino. Nunca nadie más le vio.

Esta es la leyenda de Kronor, el rey viudo, según la cuentan los ancianos de las tierras del hielo: dicen que todas las noches, bajo la luz de la luna, dos lobos blancos corren juntos sobre la nieve fresca; que estas son las almas del rey Kronor y su reina; que el rey todavía vive. Generaciones de soberanos gobernaron a la sombra de la leyenda. Kronhast, el justo; Kronmaron, el sabio; Kronsorel, el bueno. Kronarion, el grande.

Pero llegó el tiempo de Kronhul, el de alma dura, quien por no compartir con un muerto la gloria de su reinado, quiso desmentir la leyenda. «Si hago creer que he encontrado en el bosque el abrigo de lobos que Kronor vestía, demostraré que está muerto y que la leyenda es falsa». Envió a un cazador a matar lobos blancos para hacer un abrigo que sirviera en su engaño.

El cazador regresó tras tres noches, con el pelaje de dos lobos blancos. Envueltos en paños rojos, traía sus corazones. «He matado en la noche a estos lobos blancos, ¡oh Kronhul!, y al desollarlos encontré corazones humanos. Caiga sobre tu cabeza la sangre de Kronor». La lanza que abatió al lobo macho atravesó el pecho de Kronhul, el de alma dura, y le dio muerte.

2005

El hombre que llega

A Eustorgio Chong Ruiz

El hombre va por el camino, solo. La noche se prolonga en sombras cenicientas, apenas definibles bajo la luna menguante. Sólo el murmullo de sus cutarras y la respiración de fumador viejo perturban el silencio. En su mano, el fósforo se enciende para dar fuego a la pipa.

El aroma caliente de tabaco le tranquiliza un poco. Los grillos cantan entre los matorrales cercanos. Está oscuro: su mano se desliza hasta el cinto y tienta la cacha del machete. Chupa de nuevo, saboreando el humo un momento en la boca. Mira al cielo.

– ¡Chejito, carajo!

La noche se traga los pasos, acentuando la sensación de soledad. Su mujer lo mandó a llamar a la salina, donde estaba acampado por ser verano, cuando los hombres de sal deben proteger día y noche los destajos, para que no los arrastre el aguaje. «Dice tu mujé' que te regresey, que tu hijo se sacó a una muchacha». La madre se había enterado en la mañana porque el rumor corría por el pueblo: «Chejito, el de Naya, se sacó en la noche a Esperanza, la hija de Mecho, por la ventana del rancho, en un caballo que le prestó Licho Huertas».

El hombre llega a una quebrada y se descalza. Con las cutarras en la mano, atraviesa el torrente frío. El polvo del camino le arropa la humedad de los pies. Divisa más adelante la luz de una guaricha, que se escapa por la ventana de una casa de quincha, como un ángel de fuego que huye de un abismo.

– ¡Ay, Chejito! ¡Qué pendejo eres!

Chupa otra vez la pipa, sin prisa, aspirando largamente. La lumbre le enrojece el rostro. Deja salir el humo, y con él una saloma sabrosa, clara y fuerte; esa saloma del alma que lo distingue entre los salineros. Con el grito

que retumba entre los ciruelos, la luz de la guaricha se atenúa. Queda la casa a oscuras y en silencio, esperando al hombre que llega.

– Le voy a da' una rejera.

Se detiene frente a la casa, semejante a una estatua de sal; algo le estorba el pensamiento. Medita un poco: los recuerdos de su juventud cruzan su mente, como garzas que vuelan hacia los manglares. Años atrás él y Naya, fruto recién maduro, estaban enamorados. Hicieron planes y promesas. Él se la robó una noche y la llevó a caballo hasta el río. Desde entonces vivieron juntos, en esa felicidad sencilla que por ser constante se hace casi imperceptible.

En su rostro, duro como cuero, se presiente una sonrisa. Su corazón se ablanda. Su perspectiva se modifica. Su alma se regocija por la valentía del hijo. Vuelve a salomar.

La luna se está durmiendo tras los cerros.

2005

Legado

A los médicos en mi familia

Aunque la historia de mi hermano Pablo Montero es distinta a la mía, la profesión que él persiguió es igualmente digna y sacrificada que la de este pobre maestro rural: la de médico de pueblo. No solamente ha servido durante décadas a miles de enfermos en las montañas de El Bijao, sino que con los frutos de su esfuerzo pagó mi educación de docente, que a su vez ha cambiado para bien muchas vidas en nuestra escuela campesina.

Pablo supo a los doce años que quería estudiar medicina, cuando conoció al Doctor Gonzalo Zayas, cirujano educado en Bogotá y luego en Boloña, que peregrinó durante tres décadas por estas montañas, curando cuanta dolencia era dado a la ciencia médica sanar en aquel entonces. El señor Gonzalo, también de cuna pobre, había en su momento ganado con la brillantez de su cerebro la simpatía del Rector de la Universidad de Bogotá, quien se convirtió en su guardián y sufragó sus estudios. Tal vez por esto se sentiría en deuda con la vida y se consumió atendiendo a los demás para pagarla. Renunció a la fortuna al declinar la oportunidad de ser médico en Roma, y regresó a Colombia a servir a la patria. Pero algún avieso político de turno le desterró a Bocas del Toro por pronunciarse en favor de la libertad. En el Istmo ejerció la cirugía en los poblados de las montañas más densas y desamparadas. Buen samaritano del bisturí, culminó décadas de entrega haciendo una muerte de santo, pues hasta con el último aliento previó el beneficio de miles de vidas.

Llegaba a nuestro villorrio caballero en un borrico platero, cada dos o tres meses, desde Dios sabe qué otro caserío mísero, y acampaba en la plazoleta por una semana. Curaba a quien podía, realizando milagros con trebejos cenceños y drogas escasas. Quien podía, le pagaba con gallinas, cutarras o sancochos;

quien no, con bendiciones y besos en la mano. Nunca rechazó a un paciente. Luego se marchaba por los caminos del monte rumbo al siguiente villorrio.

Pablo, entonces un chicuelo sucio, no se despegaba de él durante la breve estadía. Gustaba de mirar a los enfermos acostados en las mesas, dormidos con éter, con el vientre abierto y latente, mientras el doctor Zayas repetía con manos de artista el milagro cotidiano de aliviar el dolor y retornar la salud. A mi hermano no le asqueaba la sangre; incluso ayudaba a hervir los instrumentos en un fogón junto a la quebrada.

En las noches, como el Doctor dormía al aire libre, Pablo se echaba como un perrillo al pie de su hamaca, y lo acosaba con preguntas sobre lo que había visto en el día. Que cómo se llama esa tripa, que por qué le cortó a Fulano aquella parte, y que cómo se llama «la vaina esa de metar que se jujga en la barriga der pasiente pa' jalajle pa' juera er pellejo». El Doctor con paciencia respondía, y al parecer disfrutaba del coloquio que le imponía el pilluelo, a trueque de menos horas de descanso. Creo que reconoció en la rudeza del pequeño salvaje los destellos de una inteligencia natural.

– ¿Y tú qué vas a ser cuando grande? – le preguntaba.

– Yo quiero sé' como ujté'– le respondía Pablito.

– Entonces tendrás que estudiar mucho y ganar buenas calificaciones.

Mi hermano, motivado por la posibilidad lisonjera de ser como aquel ídolo suyo, estudiaba a la luz escasa de la guaricha y se destacaba en el grupejo de desnutridos que componíamos el alumnado del villorrio.

Una noche, volviendo de atender a una parturienta, al Doctor lo picó una terciopelo, serpiente terrible que abunda en estos montes, cuyo veneno en poco tiempo puede acabar con la vida de un hombre. Se había agachado a recoger algo del suelo y, en un latigazo, el reptil le besó la carne. Pablito trajo la noticia al pueblo: «que se muere er dortó', que lo picó un bicho».

Dos hombres lo montaron en el asno y lo llevaron hasta la capilla. Con la pierna ardiendo en dolor, el Doctor pidió a Pablo buscar en el maletín un frasquito de suero antiofídico. Pero la tragedia no dejó escapatoria: el borrico asustado pisó el maletín, rompiendo el frasco. «Que llamen por radio a la ciudad – ordenó el Doctor –, que pidan al Hospital suero para serpiente terciopelo». El maestro de entonces transmitió por radio el mensaje. «Dicen

que en menos de una hora llega – informó –. Van a mandar en avioneta a un enfermero con el suero».

Dos hombres a caballo se fueron a encender piras a lo largo del potrero que servía como pista. El fuego indicaría al piloto el sitio para el aterrizaje nocturno. Pablito, incapaz de ser inútil, se largó – guaricha en mano – a encender hogueras también. Y es aquí donde la desgracia se encona, donde el destino tuerce los planes, o los endereza, según se quiera ver. Pues Pablo, andando por el herbazal a oscuras, metió la mano en un arbusto y espantó a otra serpiente terciopelo que, en vez de huir a causa del fuego, se giró y le picó. Aunque la mordida fue de soslayo, el veneno pronto hizo efecto.

Incrédulo ante la terrible fortuna de aquel día, el Doctor vio llegar a la capilla al niño lívido, cargado por los mismos dos fortachones que minutos atrás lo trajeran a él.

– ¿Y qué carajo te pasó a ti, mocoso? – preguntó el Doctor, tembloroso y ya hinchado.

– Que me trabó er bichu tambié' – respondió Pablo, desfalleciente.

Poco después apareció el titilar de la luz de la avioneta, astro fugaz en el cielo estrellado. El aparato se deslizó sobre el llano dando saltos de potro arisco a lo largo del pasillo de fogatas.

El triste gesto del enfermero cuando entró en la capilla, le indicó al Doctor la gravedad de su estado. Había pasado ya casi una hora desde la picadura, y el veneno había golpeado con fuerza. Puesto al tanto de la conjunción desastrosa, el enfermero llenó una jeringa y, buscándole la vena al Doctor, le susurró en el oído:

– Éste es el único frasco de suero que teníamos en el hospital, Doctor. El invierno ha sido terrible. Se lo pongo enseguida...

– No, Lucio – ordenó Gonzalo Zayas al enfermero, con voz queda –. Pónselo al niño.

Si Pablo lo hubiera entendido, habría rechazado aquel sacrificio, pero apenas si tenía ya sentido. El efecto del veneno es más feroz en el cuerpo chico de un niño. Cuando mi hermano despertó, horas después, el Doctor ya había muerto. «Que no sirvió el suero que le pusieron», le mintieron al principio.

Pero días después le dijeron la verdad, entregándole una nota, manuscrita por el enfermero, dictada por el Doctor Zayas en el lecho de muerte.

«Serás un buen médico algún día, mi fiel amigo», decía el papel, en palabras hoy algo borradas por las lágrimas del muchacho. «Yo he pagado ya mi deuda. Ahora debes tú tomar esta cruz y ser el guardián de la salud de tus hermanos. En este altar inmolarás tus noches. La soledad y el estudio serán tu pan diario; la mente y el pulso firme, tus herramientas de cirujano. Salva muchas vidas, Pablito, aunque te cueste la tuya. Entrégate por amor a tus hermanos en servicio y ayuda, para el bienestar común. Todos los demás afanes son vanidades humanas».

No sólo le dejó la inspiración, sino también los recursos para completar su sueño. Esa nota tiene en el consultorio de mi hermano un sitio más prominente que su diploma de médico de la Universidad de Boloña. Él anda peregrinando en las montañas, sirviendo con su ciencia, como lo hizo su precursor, a los que no tienen nada en esta vida.

Gonzalo Zayas murió hinchado, consumido por el dolor, mientras Pablo a su lado sanaba dormido. Mi hermano me confesaría años después que en su delirio lo vio venir – como un ángel que desciende desde un abismo invertido – a sacarlo, con su mano, de la oscuridad.

2005

Caña rota

A mi abuelo Lito

El fósforo, entre chispas y humo, arroja luces en la cara del muchacho, que enciende la guaricha, baja el cristal y da vida a la llama con un poco más de mecha. Está solo, hincado en medio del camino, y un pesado objeto le abulta el bolsillo. Se levanta y camina lento, cruzando el aire con miradas cortas y nerviosas. No le asusta la noche, sino la idea de que un tiro pueda escapársele. Él nunca ha usado un arma, y tomarla así escondido, a esa hora, en ese lugar... Se detiene. Duda un instante debatiéndose entre la compasión y la prudencia. Pero pronto se decide: ya no soporta más. Camina por el sendero angosto, rumbo a los potreros. Las piedras crujen bajo sus pasos. El viento fresco murmura entre las ramas de los balos.

«¿Cuánto más lo dejarían sufrir?», se había preguntado, sabiendo que inevitablemente moriría, desangrado o por gusanera. «Si un caballo se rompe una pata, ¡está listo!», había oído decir al abuelo. Éste sí se la rompió feo. Por varios días le había colgado por un pellejito, partida como una caña rota. El espectáculo de la carne pudriéndose en el animal vivo había calado hondo en el niño.

Se detiene a pocos metros de la cerca de púas, desde donde distingue la silueta borrosa del potro. Escucha bufidos de dolor y el murmurar de la pata en la hierba. Saca con cuidado el viejo revólver, negro por el desuso. Esa tarde lo tomó de la gaveta donde su padre lo guardaba. «Si se entera, me capa...» Con un chasquido, echa atrás el martillo, apretando fuertemente el mango con ambas manos. «Será un solo tiro en la cabeza, para que no sufra».

Alinea la mira con el blanco y va a halar el gatillo cuando escucha pasos. Se gira por instinto y el revólver escupe fuego. El cuerpo de su padre, estremecido,

se desploma entre la maleza. El estruendo del disparo huye hacia los cerros y se desvanece en su propio eco.

2005

En el camino

A Maupassant

No sé si recuerde todos los detalles, así que contaré el suceso como me venga a la memoria. Todavía hoy se me erizan los pelos al evocarlo. Fue hace varios años, en un anochecer igual a éste. Caminaba sobre este mismo sendero, rodeado de similares árboles y malezas. Era aquel un invierno idéntico al actual, y las sombras decoloraban el verde intenso de los herbazales, convirtiéndolo en un gris demasiado penumbroso para distinguir las formas. En verdad, la única diferencia es que entonces viajaba solo y hoy tú me acompañas. Caminaba silbando una canción, para disipar el temor. Este camino es demasiado largo para ir cargando algo tan pesado como lo es el miedo.

Aquella vez venía de Los Olivos. Los arreboles coloreaban, con tristes y nostálgicos tonos lila, las nubecillas de poniente. Hubiera querido salir más temprano, pero quise evitar el bullicio y la multitud. Esperé hasta que empezó a oscurecer. Entonces salí apresurado, de vuelta a mi parcela.

Los mustios resplandores de la tarde se esfumaron, cediendo paso a las efímeras fosforescencias de las luciérnagas, que se encendieron como un segundo firmamento, esparcidas sobre los árboles, en los potreros y enredadas – como ángeles varados en un abismo de sargazos – en las hierbas del borde del camino.

Como tú sabes, el camino que va de Los Olivos a la Villa pasa frente a dos cementerios: el de Los Olivos y el de San Agustín. Entró la noche antes de que yo pasara delante del primero. Cuando divisé la silueta del panteón, pocos metros más adelante, contuve la respiración. Me invadió un pequeño temor supersticioso, que me avergüenza reconocer y que sin embargo me sale al paso en las noches solitarias. Aceleré mi andar, sin mirar siquiera hacia el costado.

Cuando ya lo estaba dejando atrás, me tranquilicé un poco. Efímera calma, pues escuché a mis espaldas una voz que me llamaba.

– Muchachito, espéreme...

La sangre se me heló en las venas. No quería voltear, ni lo hubiera hecho de no haber sentido la mano huesuda que se posó suavemente sobre mi hombro. No pude distinguir bien a la persona, por la oscuridad, pero el timbre de voz, la mano y los pocos rasgos que aprecié gracias a la escasa luz de las estrellas, me permitieron reconocer que era un hombre viejo y flaco el que me había llamado, y que había llegado ya hasta mi lado.

– ¿Para dónde va por ahí?

– Para la Villa – mentí, fingiendo serenidad.

– Ah, bueno. Yo voy por el mismo lado, pero me quedo antes de llegar a La Villa. Así nos vamos conversando, para no hallar largo el camino.

Hubiese querido prescindir de su compañía, aun en esos parajes solitarios, pero el susto inicial se me fue pasando mientras caminábamos, y una amena conversación surgió.

– ¿Usted vive por aquí? – le pregunté.

– Antes vivía en Los Olivos. Pero ahora me quedo por ahí por donde lo encontré a usted – me dijo en tono alegre, y preguntó – ¿Usted no es familia de Lencho Cortés?

– Sí, soy el nieto mayor. ¿Lo conoció usted? – le pregunté, sorprendido.

– Ya sabía yo. ¡Cómo no! Claro que lo conocí. Buena persona. Trabajador. ¿Todavía tiene gana'o en Parita?

Lo miré con sorpresa y algo de resentimiento. Tú tal vez no sabes esto, pero Lencho Cortés es el nombre de mi abuelo. Él murió hace décadas, por lo que me causó mucha sorpresa que aquel hombre me preguntara aquello.

– Abuelo murió hace muchos años. ¿No lo supo usted?

– ¡No me diga! Lástima... No me había enterado.

Caminamos largo trecho en silencio. Más adelante, le pregunté:

– Y usted, ¿adónde me dijo que va?

– Voy a visitar a mi mujer.

– ¿En San Agustín?

– Poquito después...

– ¿Por el cementerio? – le pregunté, algo receloso.

– Por ahí mismo.

El corazón se me aceleró.

– Sabe – agregó el viejo – esa cancioncita que usted venía silbando es una pieza vieja, de las primeras de Yin Carrizo. Fue la que lo hizo famoso. Mi mujer y yo la bailamos varias veces en pindines que se hacían en estos jardines de por aquí. Si ella la escuchara...

– ¿Y no la escucha en el radio?

– ¡Ni que ella tuviera radio! – dijo riendo.

– ¿Por qué no le compra uno? – le pregunté.

No me contestó, como si no hubiera escuchado la pregunta. Seguimos caminando, y divisé a lo lejos la silueta lóbrega del segundo cementerio. Me sentí un poco ansioso, así que insistí:

– Usted puede regalárselo. Vaya al pueblo y se lo compra. Salen baratos.

– ¿Al pueblo? – exclamó – No, hijo, hace mucho que no voy al pueblo.

A cada paso, el camposanto estaba más cerca.

– ¿Por qué no va? – pregunté, acelerando mi caminar, con el deseo de alejarme de aquel hombre misterioso, de dejarlo atrás; pero él seguía el ritmo de mis pasos.

– No me gusta ir para nada, porque me miran raro. Ya no es como antes. Mejor no voy...

Yo sentía que un sudor frío me corría por la piel. Sin dejar de caminar, le hice la pregunta.

– ¿Y por qué su señora no vive con usted?

– Vivíamos juntos en Los Olivos. Pero cuando ella murió, la quisieron enterrar en San Agustín. Por eso ahora para ir a visitarla tengo que caminar este trecho largo. No me gusta caminarlo solo, por eso lo llamé, muchacho, para que me acompañara.

El extraño siguió hablando, pero no quise escuchar más. Eché a correr por el camino oscuro con toda la fuerza que permitían mis piernas. Me metí por

el monte, salté la pared del cementerio y me escondí entre las tumbas, detrás de mi lápida. Desde entonces, procuro salir lo menos posible.

2005

Excusas

a Mónica

Cuando vi la luz amarilla, bajé la velocidad. En la roja, detuve el auto. Beneficiándome de la pausa, la miré, y tras acariciar su cuello unos segundos, la besé. No me saciaron los mil besos que le di en la azotea, ni los dos mil en la escalera, ni los tres mil dentro del auto antes de arrancar la máquina. Creo que sus labios producen dependencia: cuando la hube besado, quise seguir haciéndolo por siempre.

Aun así, ella se sorprendió de aquel gesto en plena vía. Yo sonreí:

—El semáforo está en rojo —alegué, alzando los hombros.

Ella también sonrió, y yo seguí conduciendo. Dos cuadras después, otro farol carmesí me hizo la merced: la besé intensamente, acariciando sus cabellos. Ella me examinó de modo inquisidor, parpadeando con un rápido aleteo de mariposa.

—El semáforo está en rojo —argüí, simplón.

Bajando los ojos, ella rio abiertamente. Yo seguí conduciendo, ebrio de tanta pasión, bendiciendo en silencio al portentoso cerebro que ideó las luces de tráfico.

Al llegar a su apartamento, detuve el motor. Ella clavó la mirada en mi despiste, con una sonrisa tenue en los labios arrebolados. Ritualmente, ella habría bajado del auto en este punto, pero por alguna razón permanecía ahora inmóvil en el asiento.

—¿Qué pasa? —inquirí, algo perplejo.

Ella no respondió. Iba a decir yo algo más, cuando distinguí en sus pupilas la aparición de un destello rubí. Entonces ella estampó un último beso largo en mis labios sorprendidos. Luego me miró y susurró:

—¿Ves esa esquina? El semáforo está en rojo.

2000

notas

Este minicuento fue publicado en el boletín literario Palabras Sueltas en 2006

Hacia el jardín

a Rogelio Sinán

—Anoche soñé con ella.

—Otra vez —gimió la madre, bajando la cabeza y persignándose.

El padre, en silencio, miró a su hijo, que estaba sentado frente a un plato intacto de cereal. Tras una larga pausa, le preguntó:

—¿Qué te dijo esta vez?

—Que no se preocupen por ella. Dice que mamá no debe llorar más, pues ella está bien.

El padre miró a la madre, que alzó las cejas como disculpándose. Impaciente, se levantó de la mesa, besó el aire sobre la cabeza de su esposa, y puso su mano sobre la del hijo. Se puso el saco, tomó un maletín y salió de la casa.

—A tu papá no le gusta que hables de esas cosas.

—¿Qué significa *ateo*? —preguntó el niño.

La madre guardó silencio. Luego dijo:

—Debes irte a la escuela. No quiero que llegues tarde.

A la mañana siguiente, los padres desayunaban en silencio, mirando al hijo de soslayo cada cierto tiempo.

—Anoche soñé con ella.

—¿Ya ves? —dijo el padre—. Debes llevarlo hoy. Un psicólogo podrá ayudarlo. No podemos quedarnos de brazos cruzados y dejarlo crecer de esta manera.

La madre, callando, asintió con un gesto triste. Quiso preguntar algo al hijo, pero no lo hizo.

—Le conté que ustedes no me creen. Me dijo que le dijera esto a mamá: el día que ella murió, pasó algo bonito, que solo ellas vieron.

—Tú no estabas ahí —interrumpió la madre, enrojecida de súbito.

—Yo estaba en la escuela. Papá no había llegado del trabajo. Pero ella sí estaba. Ese día, ustedes dos estaban solas en la casa. Me dijo que tenía mucho dolor, y ese día entendió por qué. Me explicó que la vida es como una escuela: uno viene, aprende y se va. Ella supo que ya había aprendido su lección y era hora de irse.

El padre, iracundo, se puso de pie, viró la mesa y se arrancó la correa.

—¡Basta! —gritó—. A este carajo lo arreglo yo ahora mismo.

Tomó al niño del brazo y comenzó a azotarlo.

—¡Había una mariposa! —lloró el niño.

La madre detuvo el brazo del padre, y de rodillas frente al niño le preguntó:

—¿Qué más te dijo ella?

—Que esa mañana la mariposa entró al cuarto por la ventana abierta y voló hasta su pecho. Ella la vio, mamá, aunque sus ojos estaban cerrados. Dice que tú la viste también, que dejaste de llorar y te quedaste mirando a la mariposa mover sus alas suavemente hasta quedarse dormida. Dice que la respuesta a tu pregunta es: «Sí». En ese mismo momento ella también se durmió.

—La mariposa murió —gimió la madre.

—Ella me dijo que tú pusiste esa mariposa en su ataúd, entre sus manos.

—Tú no estabas ahí —repitió la madre, llorando.

—Ella lo vio todo —insistió el niño—. La mariposa está allá, junto a ella. Anoche me la mostró. Me dijo que ustedes no me creerían. Me pidió que la trajera para que crean.

El niño sacó de su bolsillo una cajita de madera; y de ella, una mariposa inmóvil. La madre palideció al verla.

—Está muerta, ¿no lo ves? —espetó el padre.

—Dijo que la tomes en tus manos, como ese día.

La madre tocó la mariposa, que al instante movió sus alas. Resplandeciendo bajo el sol de la mañana, como un pequeño ángel que sale de un abismo, voló por la ventana abierta hacia el jardín.

2005

notas

Este cuento fue publicado en el número 59 de la Revista Maga.

El invento

A José Luis Rodríguez Pittí

La capacidad de escribir divide el pasado del hombre en prehistoria e historia. Barro primero, luego cuero, papiro y papel, recibieron las marcas del lenguaje: manchas de pensamiento, ideas congeladas para comer luego, voz cristalizada en garabatos.

En el presente los libros son cotidianos al punto que damos por hecho su permanencia. Sin embargo, ¿qué papel jugará el papel en el futuro? ¡No te rías! No es un juego de palabras. ¿Acaso no anotas tus números de teléfono en una agenda electrónica? Ya no necesitas una con hojas, pues el aparatejo te basta. Ya no escribes tus cuentos en un cuaderno: ahora usas una computadora. Sin embargo, un día se agotan las baterías de la agenda y tus direcciones van a parar al limbo; o tu perro se acuesta sobre el enchufe de la computadora y tu último cuento, que iba a ser tu obra maestra, va con Dante a pasear por el infierno.

¿Qué sería del hombre si en el futuro nuevos medios de almacenaje de información reemplazaran totalmente al papel? Los libros serían primero objetos de museo, luego un recuerdo y al final nada: se hundirían en el olvido. La escritura misma podría desaparecer. La información se transmitiría directamente al cerebro, sin la intervención de los ojos, sin necesidad de símbolos, papel o tinta.

He imaginado un momento en el futuro de la civilización, cuando no se ha utilizado un papel en milenios, y se desconoce el significado de la palabra 'libro'. La dependencia del status quo en la información lleva a las autoridades al pánico cuando descubren que sus métodos de almacenaje pueden fallar bajo ciertas circunstancias. La necesidad los hace inventores. Nosotros hoy usaríamos papel para preservar los datos importantes, pero en ese futuro

donde incluso el lenguaje escrito ha sido olvidado, ¿qué inventarían? Tal vez redescubrirían lo que hoy nos es obvio. Podría ser un buen tema para un minicuento. Algo más o menos así:

– o –

«(...) Pronto se descubrió que el 'ataque' que había mantenido al sistema central inoperante durante una semana no fue causado por un virus infiltrado por la resistencia, sino por una especie de reacción auto-inmune de la computadora central: la aplicación que detecta y destruye a los programas malignos había confundido trozos de su propio código con ataques externos, y borró partes de sí misma.

«Cuando se le informó que, por tercera vez, algunos documentos del archivo universal se habían corrompido como resultado de problemas en el sistema central (incluyendo la pérdida de datos irrecuperables sobre la historia del mundo anterior al año tres mil), la Federación comprendió que se necesitaba un medio más confiable que los mega-cristales de silicio para almacenar documentos importantes. Estudios se realizaron, propuestas se presentaron, pero solamente una no dependía de la energía de la eter-malla para conservar la información. Era un invento brillante, por su simplicidad y eficacia, que trataré de describir a continuación (advirtiendo que desconozco los detalles, pues el proyecto es todavía secreto de alto nivel).

«Se descubrió que una especie de caña que crece en el Museo del Mundo Pre-Cataclísmico, nativa de los deltas de un río ecuatorial en la Tierra, tiene un tallo fibroso. Cortando este tallo en láminas delgadas, y sobreponiéndolas de manera intercalada en tres o cuatro capas, se consigue una especie de superficie plana flexible que, tras someterse a la radiación de una estrella, queda seca, firme y blanquecina. Por otro lado, mezclando carbón y arcilla (ambos minerales todavía abundantes en las reservas de la Federación) se puede construir una barra que, expuesta a altas temperaturas, producirá un instrumento capaz de dejar marcas negras cuando se le fricciona contra la superficie blanca ya descrita.

«Las marcas todavía son borrosas, pero los investigadores prometen refinar la tecnología de producción de la superficie y la barra hasta obtener marcas nítidas y controlables. El plan de la Federación, según he sabido, es desarrollar un código, un sistema secuencial de símbolos que sirva para codificar el pensamiento y almacenar, mediante marcas negras en la superficie

blanca, la información que subsiste en los archivos universales. Así se evitará que el resto de la historia de nuestra civilización se pierda para siempre en el olvido, como un ángel amnésico en el abismo laberíntico de la entropía. (...)»

– o –

Releyendo lo que he escrito, me parece que sería poca cosa para un minicuento. Primero, estaría fuera del contexto de la colección. Segundo, es demasiado súbito: el lector se sentiría engañado. Tal vez podría agregar a esos párrafos algo de texto introductorio, explicando cómo se me ocurrió la idea del relato, y lo pongo al final de la colección. Podría empezar, por ejemplo, más o menos así: «La capacidad de escribir divide el pasado del hombre en prehistoria e historia». Y por ahí me voy...

2005

Índice

La intrusa 1
Viento del norte 4
El corazón de oro 6
La última rosa 12
Notas sobre el paraíso 14
Destino 17
Cenizas de ángel 20
La leyenda del rey viudo 25
El hombre que llega 27
Legado 29
Caña rota 33
En el camino 35
Excusas 39
Hacia el jardín 41
El invento 44